

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 140.—1.º de Enero de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:

Señora viuda de Hecheverría, por hilas y trapos.

Unas párvulas de un colegio, por hilas.

Señora de Borja, por hilas.

Una señora, por trapos.

Doña C. M. de R. y sus hijas, por hilas.

Una señora, cuyas iniciales no queremos poner porque sabemos que lo llevaria á mal, nos ha dado 300 rs., con la condicion de que los empleemos en chaquetas interiores de abrigo para los heridos, que están helándose de frio. Así lo hemos hecho, invirtiendo en los llamados chalecos de Bayona, no solo su dinero, sino tambien los pequeños fondos que teníamos en nuestro poder, y eran resultado de los donativos que habíamos recibido para los heridos.

Hemos enviado al Norte dos cajones que contienen: 70 chalecos de Bayona, 2 sábanas, 1 colcha, 5 pares de calzoncillos, 3 camisas, 2 almillas, 1 pañuelo, 1 tohalla, 1 servilleta, 17 pañuelos triangulares, 6 vendas, 850 compresas, 14 libras de hilas formes y 28 de informes.

Todo esto es bien poco para las necesidades que allí hay; pero estos envíos que hacemos de vez en cuando, deben ser una satisfaccion para las personas, que con sus donativos contribuyen á que podamos hacerlos.

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña C. M. de R., gracias mil por los 40 rs., que han consolado á un padre de familia que no tenia pan para sus hijos y á una anciana de 80 años.

Doña L. B. de R. La abundante remesa de ropa en muy buen uso, que V. nos ha enviado, ha venido perfectamente á nuestros pobres, que este año tenían desprovisto su guardarropa, y que la han colmado de bendiciones por su presente.

Doña J. N. de Z. Los 10 rs. que nos ha dado V. para nuestros pobres, valen por muchos miles á los ojos de Dios, puesto que V. necesita de su trabajo para vivir, y aunque este no es demasiado lucrativo, encuentra V. modo de partir su producto con los desgraciados.

Doña V. M. de P., ya sabíamos que V. no se olvida nunca de los pobres, pero ellos han tenido una nueva prueba de su memoria, en la ropa usada que les ha mandado y que ha abrigado á varios. Bienaventurados los que practican las obras de misericordia.

Una señora que no nos ha dicho su nombre. Las dos envolturas nuevas y muy completas, y los 16 rs. que nos ha mandado V. con ellas, han sido entregados en seguida á dos madres que tenían sus niños envueltos en harapos. Que Dios premie su caridad.

F. T. Recibidos los 64 rs., de los cuales se aplican á las dos suscripciones 20, y no 24, porque ese es su importe; quedan, pues, 44 para la cena de Navidad de los pobres. Gracias mil por todo en nombre de estos. La idea de que cada suscriptor buscase y pagase otra suscripcion para una familia, es ingeniosa y buena. ¡Ojala hubiese imitadores!

LA MODA Y LA CARIDAD.

Achaque antiguo es ya, tan antiguo como el mundo, puesto que empezó como este en Adán y Eva, el quejarnos de las diversas tiranías que, por serlo realmente ó porque nos parece que lo son, sujetan nuestra voluntad y nos someten bajo la dependencia de un poder irresistible.

La autoridad del padre, del maestro, del sacerdote, del profesor, del magistrado y de los diversos jefes, á quienes en el curso de la vida tenemos que sujetarnos, toma el carácter de tiranía, cuando entramos á analizarla con ese espíritu de rebelion que en nosotros germina constantemente, desde el capricho inconsciente de la infancia hasta la debilidad caprichosa de la vejez.

En ódio á supuestas tiranías, se han realizado en el mundo grandes revoluciones sociales, religiosas y políticas; y por eso suele presentarse como antítesis de tales tiranías, la hermosa palabra de *libertad*, por mas que muchas veces se abuse de ella, y la libertad mal entendida no sea mas que un cambio de despotismo.

Siendo, pues, tan innata en el hombre (y en la mujer tambien) esa repulsion á los poderes tiránicos, asombra, cual verdadero fenómeno, la facilidad y sumision absoluta con que, sin discutir ni replicar, nos entregamos en los detalles de la vida civilizada al despotismo mas injustificado, mas irrazonable, menos útil y mas estúpido. Tal es el imperio caprichoso de la *Moda*.

¿De dónde viene? ¿Quién ha establecido su reinado y su fuerza obligatoria? ¿Por qué ley, contrato ó evidente ventaja rendimos pleito-homenaje á ese ridículo poder, que no tiene ni razon de ser, ni mas títulos de autoridad que los que todos le damos en mayor ó menor escala? Preguntas son estas á que nadie podria contestar: misterios de la vida civilizada, inesplicables, como inesplicable es siempre el absurdo.

Comprenderíamos la moda, si solo tuviese por objeto contribuir á la belleza del hombre y de la mujer, á su placer ó á su bienestar; pero es incomprendible, cuando vemos que no tiene estos objetos, sino á veces todo lo contrario, ó por lo menos una extravagancia de gusto y un lujo de gasto, cuyo solo resultado es la variedad y el necio afan de distinguirse por esto, cuando tantas cosas buenas, útiles y sublimes hay para distinguir al verdadero mérito de la vulgaridad.

Es, pues, la moda, tan solo una verdadera vanidad; pero con la diferencia de que este defecto, aunque siempre censurable, puede á veces tener por base algun mérito real, si bien rebajado por la falta de modestia; pero en la moda no hay absolutamente nada que disculpe sus exigentes caprichos.

Y para que todo sea extraordinario en el imperio de la moda, nótese que nadie la defiende en teoria, ni discute sus ventajas, ni presenta sus títulos para la simpatía de las gentes; y sin embargo, todos, mas ó menos, seguimos sus indicaciones, unos llevándolas á la exageracion, y otros entrando, mas pronto ó mas tarde, en la costumbre general, para no marcarse ante el público como rebeldes obstinados contra la moda.

Sus exigencias, no solo imponen preceptos que en nada contribuyen, como hemos dicho, á la belleza, al placer ó al bienestar, sino que muchas veces son enteramente contrarios á estos objetos; de modo que, mientras los buscamos por todos los medios, como representacion de la felicidad humana, los combatimos con la sumision á la moda.

Es, por ejemplo, higiénico y agradable en Madrid, y en invierno, pasear de tres á cuatro, cuando el sol prodiga su benéfico y vivificante calor; pero la moda exige que se vaya á los paseos públicos

al anochecer, y á esa hora van nuestras bellas damas, arrostrando la frialdad nociva que en ellos se siente, con lo cual traen quizá á sus casas, sin saberlo, los gérmenes de varias enfermedades.

Es bello en las mujeres un pelo negro ó castaño, sedoso y limpio, y un cútis fresco, sonrosado, que revela una naturaleza pródiga y robusta. Pues bien; la moda, cual si fuera la encargada de destruir la belleza, impone á las jóvenes el sacrificio de teñir su pelo con extravagante color rubio y revestir su cara con coloretes y polvos, que convierten una hermosa cabeza en grotesca pintura de brocha gorda.

Si la frente despejada revela inteligencia y es un bello remate artístico del óvalo del rostro, á cubrirlo con inoportunos rizos; si el pecho necesita soltura para el movimiento de sus pulmones, á oprimirlo con mortíferos y apretados corsés; si conviene un calzado cómodo para evitar caidas y hasta dislocaciones y roturas, á ponerle un elevadísimo tacon, cual hacen los chinos para que sus mujeres no puedan circular libremente por la via pública.

Sería interminable el ir recorriendo las extravagancias de las modas, y aun no queremos profundizar en las que, por la desnudez que exigen, ó por la forma de ciertos trages, son provocativas y nada decentes.

Ya, pues, que tenemos que reconocer la fuerza poderosa del imperio de la moda en tantos detalles de la vida doméstica y pública, nosotros nos atreveríamos á pedir á sus desconocidos pontífices y sacerdotisas, á las que dirigen ese poder misterioso y despótico, que hiciesen *moda de la caridad*, y que diesen la consigna de ser acto de buen tono el socorrer á los pobres y consolar á los desgraciados.

¡Moda la caridad!.... ¡Hacer depender una accion tan sublime y cristiana de una vulgaridad humana tan necia!.... ¡Desnaturalizar así lo que forma el placer mas puro, la virtud mas agradable, ó de las mas agradables, ante Dios y ante los hombres!.... ¿Y esto recomienda LA VOZ DE LA CARIDAD?

Parécenos oir estas y otras análogas censuras de algunos lectores, alarmados y escandalizados por nuestras palabras. Procuraremos tranquilizarles y esplicarnos satisfactoriamente.

Comprendemos y defenderemos siempre la santidad en los actos caritativos, que exigen, para ser virtud, no solo el hecho, sino la intencion: conocemos que la caridad debe ejercerse, mas que por impulsos humanos, aunque sean impulsos buenos, por consejo religioso, por seguir el ejemplo y las palabras de Jesucristo cuando nos dijo: *Lo que diereis á los pobres, á mi me lo dais, que soy su imágen:* y por lo

tanto, confesamos que la caridad hecha solo por un espíritu mundano de vanidad, podrá ser un beneficio material, pero inaceptable ante Dios como obra meritoria, y que ni conmueve al favorecido, ni sirve para el perfeccionamiento moral del bienhechor. Todo esto lo confesamos, porque es lo mas elemental en materia de caridad.

Pero, á pesar de ello, al hacer propaganda de la caridad en todos los tonos y bajo todas las formas, tomamos la sociedad tal cual está constituida, utilizamos los recursos que vemos en ella explotables para nuestro objeto; y por lo tanto, puesto que la moda es una grande influencia, hasta á ella recurrimos en demanda de que nos ayude á combatir los estragos del indiferente y frio egoismo.

Hay además otro móvil mas importante en nuestras anteriores palabras, pidiendo caridad á la *Moda*. Tal es la fe que tenemos en el purísimo placer y en los variados goces que proporciona el ejercicio activo de esta virtud, y en la conviccion que abrigamos de que muchas personas buenas no son caritativas, ó lo son débilmente, porque no conocen por esperiencia los consuelos y las puras emociones que proporciona el hacer bien á nuestros semejantes.

Si la moda, pues, puede servir para despertar esas santas aficiones, venga hasta la moda en nuestro auxilio. ¿Qué sucederá? Que al principio será solo una *moda* y no una verdadera *caridad*; un acto humano en que no se interesa el corazon sino la vanidad. Pero el ensayo no será perdido, si no en todos los súbditos de la moda, en alguna parte de ellos.

No en balde se ven cuadros desgarradores de miseria que conmueven el corazon por muy gastado que esté con las frivolidades del mundo; no impunemente se ven las lágrimas de la gratitud y se oyen las bendiciones de los pobres, y se sabe que sus plegarías suben al trono de Dios en favor nuestro: y nadie ejerce insensiblemente el hermoso papel de ser en esta vida, y en la medida limitada de sus recursos, una especie de pequeña Providencia, para consolar al que sufre, socorrer al que tiene hambre y desnudez, y ayudar al abatido que camina á la desesperacion.

El que tales goces haya disfrutado algunas veces, aunque lo haga al principio por moda, lo hará luego por conviccion; y he aquí cómo las extravagancias de ese tirano caprichoso, habrán servido para algo bueno. Venga, pues, la moda, aunque sea medio humano, á ayudar á este santo proselitismo. Sin saberlo, hará ciertamente caritativas á personas que hoy son frívolas, aunque no sean malas, por que no han hecho la esperiencia de otro género de vida.

Antonio Guerola.

SIERVAS DE MARIA.

Con el dulce y modesto nombre que encabeza estas líneas existe en Chamberí, desde hace 24 años, una de las instituciones mas útiles, mas benéficas, morales y cristianas; una congregacion de religiosas profesas, cuyo principal objeto consiste en cuidar enfermos á domicilio.

Las Siervas de María, previo el año de noviciado que prescriben los Estatutos, asisten gratuita y esmeradamente, en toda clase de enfermedades, á personas de ambos sexos, sea cualquiera su posicion social, desde la mas humilde hasta la mas elevada, consistiendo la asistencia, dentro del plan facultativo, en satisfacer las múltiples necesidades que el estado de enfermedad lleva consigo, esceptuando únicamente, respecto de hombres enfermos, los servicios incompatibles con el decoro y la honestidad. Las siervas, por regla general, no se renuevan, encargándose una sola de la asistencia al enfermo.

La Sierva de María, ó la *Hermana*, como generalmente se la nombra, lejos de parecer persona estraña, á quien sea necesario especialmente obsequiar, se acomoda en casa del enfermo á las horas y clase de alimentos de la familia; pudiendo considerarse como individuo á la misma agregado: vela toda la noche y gran parte del dia, para cumplir con solícito afan las prescripciones del médico; destinando únicamente al descanso *cuatro horas diarias*, en sitio retirado y á la hora mas conveniente á la familia del enfermo.

Cuando la familia carece de cama ó recursos para la Hermana, la Congregacion provee el alimento, descansando la sierva en la Casa-comunidad, si la distancia lo permite, ó arreglando con la familia lo conveniente para prestar servicio de dia ó de noche.

La Hermana va los sábados por la tarde á la Comunidad, volviendo el domingo á casa del enfermo; sin embargo, continúa sin interrupcion en casos graves y urgentes, prestando servicio hasta que la Superiora dispone el relevo.

Entrado el enfermo en el periodo de convalecencia, y al tercer dia de levantarse, la Hermana se despide, volviendo á la Comunidad; si el enfermo muere, retírase la sierva dos horas despues de ocurrir el fallecimiento: en ambos casos, si circunstancias estraordinarias lo exigen, continúa, previo permiso de la Superiora. A la Casa-comunidad va siempre acompañada por un individuo de la familia del enfermo.

Despues de estas ligeras indicaciones, poco ó nada podemos

añadir para demostrar la utilidad que á la sociedad reportan las Siervas de María, porque todo cuanto en su elogio dijéramos, aparecería pálido y descolorido ante la verdad de hechos.

¡Cuántos enfermos, pobres y ricos, de todas clases y condiciones, abandonados en fondas y casas de huéspedes, han debido su salvacion á las Siervas de María! ¡Cuántas madres, abrumadas por la fatiga de continua vigilia, han hallado reposo y consuelo entregando sus niños enfermos al cuidado de las Hermanas! ¡Cuántas familias recuerdan con gratitud sus caritativos servicios!

En toda clase de enfermedades, especialmente en las que revisten carácter de gravedad, cuando la familia interrumpe su marcha ordinaria de vida por los cuidados especiales que el enfermo exige; cuando la vigilancia es continua y los amigos se cansan, la Hermana sustituye á todos, y los sustituye con ventaja.

Las Siervas de María no proceden, como la generalidad de los hombres, por estímulos poderosos de lucro y vanidad. El actor se entusiasma con el aplauso público; el soldado desprecia la muerte ante la perspectiva de un grado, de una distincion honrosa; las Siervas se complacen en servir modestamente á Dios y al prójimo, satisfaciendo en todas épocas verdaderas necesidades sociales.

Ligadas á su instituto con votos solemnes de castidad, pobreza y obediencia; careciendo de voluntad propia, sin ambiciones ni goces mundanales, aparecen consagradas en cuerpo y alma al cuidado de los enfermos.

¡Cuántas veces, al rayar la aurora, cuando el crepúsculo matutino penetra en la habitacion del enfermo, confundiéndose con la débil luz de la lamparilla, hemos contemplado á la Hermana, hincadas las rodillas, despues haber pasado la noche en vela, saludando al nuevo dia con el rosario en la mano, orando fervorosa por la salud del enfermo!

Las Siervas de María estienden su esfera de accion, no solo al vecindario de Madrid, sino tambien á Santander, Valencia, Carcagente, Cuba y otros puntos; hallándose dispuestas á prestar servicio á domicilio y en hospitales, con la cooperacion de autoridades y corporaciones, en los pueblos que lo soliciten.

Así como la Congregacion sirve á los enfermos gratuita y esmeradamente, sin estipular el menor precio estimable por su trabajo, necesita tambien sostenerse con limosnas de toda clase, con donativos y suscripciones voluntarias, por la cantidad que cada uno fija; siendo los suscritores preferibles, en igualdad de circunstancias, cuando se hace necesario el servicio de las Hermanas. Las limosna se dan siempre por los bienhechores al establecimiento.

La Congregacion de las Siervas de Maria, fundada en 1851 por el virtuoso sacerdote Sr. D. Miguel Martinez, y una de las instituciones que mas honran la capital de España, tiene en Chamberi su Casa-comunidad, calle de Arango, núm. 1, donde recibe avisos para cumplirlos inmediatamente, siempre que lo permitan las necesidades y urgencias del servicio.

Julian Arrese.

¡LA NIEVE!!

Oscura y triste estaba la mañana, triste y oscuro mi pensamiento, errante entre lo que dejó y lo que va á encontrar.

Envuelta en la indispensable manta de viaje, trataba de hacer menos sensibles los efectos del intenso frio. Frio que se me hacia doblemente insoportable acostumbrada al dulce clima de Andalucía: ese Eden que han cantado siempre los poetas; esa tierra de promision que do quier vierte flores.

¡Andalucía! ¡Jardin del mundo, emporio de todo lo bello y todo lo sublime; yo desde aquí te envio un recuerdo cariñoso: que no en balde sentí bajo tu encantador cielo las primeras sensaciones de la materia y los primeros sentimientos del espíritu; no en balde sobre tu privilegiado suelo derramé las primeras lágrimas de la infancia, ese tributo de la inocencia, y las primeras lágrimas de la adolescencia, ese tributo del amor!....

Suplico á mis lectores me perdonen este rasgo de entusiasmo por la pátria de Murillo y Castelar, Alcalá Galiano, el Duque de Rivas y tantos otros como han brillado, ya en el florido campo de las artes, ora en las severas regiones de la ciencia.

Siguiendo, pues, mi comenzado relato, diré que inconscientemente miré á través de los empañados cristales del wagon. Durante un instante creí que mi vista, no muy hecha á la escasa claridad de la naciente aurora, se habia equivocado; pero no, era realidad; no era una ilusion de mis ojos. ¡La campiña estaba nevada!!!

¡¡Qué bello espectáculo es el de la nieve!!.... Destacábase sobre el verde esmeralda de la escasa vejetacion, como blanca corona de virgen desposada; y en los ribazos, amontonada formando ondulantes pliegues, con esa elegante galanura, con esa sencillez admirable, con esa riqueza de detalles con que la naturaleza pródiga envuelve siempre todas sus bellezas! Y el sol, que empezaba á asomar por Oriente su radiante esplendor, pugnando por vencer las obstinadas nubes que, rotas ya en pedazos, dejaban ver el azul purísimo del cielo.

Vagando mi corazón entre el temor y la esperanza, gozaba estasiada del sublime cuadro que natura me ofreciera, cuando un pensamiento terrible vino á asaltar mi mente. Terrible, sí, porque envolvía todo un mundo de horribles padecimientos, de amargas lágrimas, de tristes ayes. ¡Los pobres!!.....

.....
 Tal fué mi pensamiento. ¡Los pobres que no tienen abrigo contra la nieve!

Y esta idea, arraigándose, apoderándose de mi, llegó á dominarme de un modo imperioso, absoluto. Recordé haber oído decir con frecuencia á personas regularmente acomodadas, ó tal vez que nadan en la opulencia, «yo prefiero el invierno,» y este recuerdo, créanme mis lectores, me hizo estremecer en aquel momento.

Sí, es muy fácil, facilísimo, gozar de los *encantos del invierno*, si se olvida que el terrible aquilon que brama tras los cristales de nuestro confortable gabinete, azota los harapos del triste mendigo; si se olvida que el helado cierzo que traspasa quizá la juntura de mal cerrada puerta, hiela sin compasión el rostro del honrado trabajador que, esponiendo su vida subido en un andámio, tiritita, mientras complace el caprichoso gusto de refinado sibarita; si se olvida que los menudos copos de copiosa nieve, que distraen nuestra mirada, vienen á caer sobre el descubierto cráneo de miserable anciano ó sobre la angelical cabeza de huérfano desvalido. Pero ¡ah! cuando estos pensamientos embargan nuestra mente, ¡qué triste es ver nevar! ¡qué triste recordar que los pobres tienen que sufrir el rigor de la intemperie, ya porque sus trabajos, casi siempre al aire libre, así lo exigen, ya también porque sus pobres y miserables viviendas, mal acondicionadas, apenas si bastan á precaverles del frío!

Sin embargo, en medio del confuso tropel de tristes pensamientos que venían á albergarse en mi pobre cabeza, semejante á negra bandada de lucientes cuervos, una idea radiante, luminosa, vino á abrirse paso, tal vez como brillante el sol estiende sus rayos haciendo huir las amontonadas nubes que, preñadas de siniestros fulgores, llevan en su seno la devastadora tempestad; ó ya como la fresca y sonrosada aurora viene á disipar las tinieblas de melancólica noche.

Si, una idea eminentemente consoladora llenó mi alma de risueña esperanza, de embriagadora alegría. Esos pobres, me dije, esos pobres que parecen abandonados, no lo están sin embargo; la Caridad, esa hija predilecta del cielo, ampara á los desvalidos, y cuidará de los enfermos, y socorrerá á los necesitados.

Nada importa que la nieve cubra nuestras campiñas; la santa y

sublime Caridad, llenando la honrosa mision que en la tierra se ha impuesto, llevará el consuelo á los aflijidos y colmará de esperanzas el pecho de los desgraciados, recibiendo en cambio las bendiciones de todo corazon verdaderamente grande y verdaderamente honrado.

¿Será ilusoria mi consoladora idea? ¿Quedarán completamente fallidas mis risueñas esperanzas?

No, la Caridad es inagotable como la bondad de Dios, y solícita como su providencia. ¡Lástima es, solamente, que se halle limitada entre los humanos por la impotencia ó por la pequeñez, mas veces acaso que por la insensibilidad ó la dureza de corazon!

L. M. F.

LA CRUZ DEL SOCAVON.

En el número 134 se ocupó LA VOZ DE LA CARIDAD de los mineros. El autor de aquel artículo describe con tanta verdad como maestría las penalidades de la vida minera en general; pero ninguno mas digno de lástima que el minero de Almaden, consagrado á la estraccion del mercurio.

Misera es su condicion; peligrosas las labores que desde niño ejecuta en aquella ciudad subterránea, formada por un laberinto de galerías, pozos, socavones, pisos, máquinas y escalas; fétido y mortal el aliento que respira; prematura y achacosa su vejez; escaso su jornal; y ninguno el aliciente de ulterior recompensa. Esto no obstante trabaja resignado y hasta contento, que la fe y la piedad cristianas dan vigor á su brazo y enjugan el sudor de su frente. No es esta una afirmacion gratuita. Un jóven poeta (*) publicó en el Diario de Córdoba, correspondiente al 14 de agosto de 1862 (nótese bien la fecha) una composicion titulada «El minero de Almaden,» y entre otras cosas le dice:

«Una modesta *cruz* hay enclavada
Del negro socavon sobre la boca,
De tus mayores con la fe guardada;
Y á cada nueva entrada
Esa modesta cruz tu mano toca,
E inclinando la faz humildemente,
Describes otra cruz sobre tu frente.»

(*) El Sr. Pato.

¡Piadosa costumbre! Tocar la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavon, inclinarse reverentemente ante el sacrosanto signo de nuestra redencion y empezar el trabajo santiguándose, como debe hacerse al dar comienzo á toda buena obra, propio es de un verdadero y ferviente cristiano.

Hecho esto se comprende perfectamente que el minero de Almaden se lance tranquilo, quizás cantando, en busca del peligro. La fe y piedad verdaderas ni vacilan, ni temen; antes por el contrario dan el valor suficiente para llevar con paciencia las penalidades de miserable vida, y para arrostrar con serena frente los peligros mas espantosos.

Sin la fe, que ilumina sus inteligencias, y la piedad, que presta calor á sus corazones, ¿qué sería de esos pobres mineros? Quitad la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavon y esos mismos hombres, valerosos, pacíficos, resignados, admiracion de cuantos conocen su vida y costumbres, se convertirán bien pronto en egoistas, inquietos, soberbios, terror y desesperacion de sus superiores. Suprimida la señal de la cruz, signo adorable de la redencion humana, que, al empezar sus penosas tareas, hacen sobre la frente para que los libre Dios de los malos pensamientos, sobre la boca para que no pronuncie malas palabras, sobre el pecho para que no abrigue malos deseos, naturalmente su corazon tiene que ser presa de deseos perversos y violentas pasiones, sus labios pronunciarán blasfemias horribles, y su inteligencia será seducida por las teorías mas disolventes y por las aspiraciones mas estravagantes. Dos frenos contienen al hombre: la religion y la educacion. Romped el primero en personas que, por su posicion, carecen del segundo, y ¿qué queda? Nada; un conjunto monstruoso, una mezcla inflamable de pasiones, concupiscencias y paradojas, que, llegado el momento oportuno, estalla y produce verdaderos cataclismos sociales.

¿Creeis acaso que me encariño con la exageracion y supongo lo que imagino, concediendo realidad á lo que no son mas que ilusiones de mi fantasía?

Pues recordad conmigo que algunos años despues del anteriormente citado, desencadenáronse sobre nuestra infortunada patria los vientos revolucionarios, penetraron hasta los mas apartados lugares, y el minero de Almaden ya no daba principio á su trabajo inclinándose ante la modesta cruz enclavada sobre la negra boca del socavon, que, aunque olvidada, continua en su sitio como testigo ocular, para remordimiento perpétuo de los indiferentes; ni se santiguaba despues de haberla tocado reverentemente al pasar junto

á ella; ni acudia presuroso, en caso de hundimiento, al socorro de sus hermanos; ni llevaba con cristiana resignacion su condicion miserable; ni obedecia á sus gefes; ni..... pero ¿para qué cansarme?

Cierto dia se armó un tumulto, estalló la mezcla, se inflamó la multitud y los mineros de Almaden asesinaron á sus gefes los ingenieros Sres. Monasterio y Buceta. ¡Dios los haya recibido en su gloria!

Ignoro si se ha restablecido ó no en las minas de Almaden la piadosa costumbre de santiguarse al empezar los trabajos, tocando reverentemente la cruz del socavon. Si así no fuese, peor para los directores de aquel establecimiento.

La elocuencia de los hechos hace inútiles las reflexiones.
Torres de Albarracin 27 de diciembre de 1875.

Manuel Polo y Peyrolon.

RAHAB.

(Leyenda original, basada sobre la Biblia.)

Bienaventurados los misericordiosos.
Ellos alcanzarán misericordia. *(Palabras de Jesucristo.)*

Los aguerridos varones de Israel, acaudillados por el hijo de Nun, acampaban en la ribera del Jordán: frente á los reales, mas allá del rio, por encima de las palmeras, descollaban las torres, los edificios y baluartes de la enemiga fortaleza llamada Jericó. El insigne Josué proponíase tomarla por asalto; y á este fin dispuso que dos hombres de su confianza partiesen disfrazados, de modo que pudiesen entrar cautelosamente á reconocer las fortificaciones, entradas y salidas de la formidable ciudadela, justamente alarmada con la proximidad del enemigo.

De tan árdua comision encargáronse dos caudillos sobresalientes, perspicaces y resueltos á cumplirla ó perecer en la demanda: de los dos, uno frisaba en la edad provecta, otro era jóven y gallardo.

Con admirable presencia de ánimo, y sin aparente contrariedad, recorrieron la poblacion; y ya se disponian á dejarla, cuando, advertido el rey de Jericó, dispuso que salieran sus esbirros á prenderlos.

Al acercarse á la muralla, notaron los exploradores que los seguian, y sin acelerar el paso, torcieron la esquina y entráronse de rondon en la primer casa, cuyo postigo hallaron entreabierto; cerrá-

ronle tras de sí, y atravesando el vestíbulo, subieron apresuradamente la escalera.

El ruido de sus pasos sobresaltó á una mujer que, saliéndoles al encuentro, preguntóles á quién buscaban.

Antes de que pudieran responderla, resonaron á lo lejos voces de alarma: «Matadlos, matadlos,» repetían los esbirros en la muralla.

Palideció la hermosa, y dirigiendo á los intrusos miradas compasivas, dijo:

—Presumo que os hallais en grave riesgo; ignoro la causa; quizá sereis culpables; pero el corazón me dice que debo salvaros, y trataré de hacerlo aunque arriesgue mi vida.

Diciendo así, llevólos á un oscuro aposento en donde almacenaba la cosecha de lino, y entre sus haces escondiéronse los fugitivos, mientras su bienhechora bajaba la escalera, preguntando:

—¿Quién llama? ¿Qué ocurre? dijo asomándose á la puerta. ¿Qué significa este alboroto? ¿Se acerca el enemigo?

—Sus espías han penetrado en la ciudad, y es necesario que muertos ó vivos caigan en nuestro poder, dijeron los pesquisadores. No pueden estar lejos: hace un momento que torcieron la esquina.

—Los he visto desde mi ventana, es decir, he visto á dos hombres que iban corriendo hácia la puerta del Jordán.

—¿Qué señas tenían?

—El uno lleva sobre la túnica una faja encarnada, el otro es grueso, y.....

—¡Cáspita! ¡son ellos! gritaron los esbirros, partiendo á toda prisa en busca de su presa.

La mujer cerró el postigo, y todo quedó en silencio. Al llegar á su cuarto, asomóse á la ventana, y vió que los esbirros salían hácia la ribera; poco despues cerraron las puertas de la ciudad, y los pesquisadores quedaron fuera.

Los hijos de Israel no sabían cómo expresar su gratitud á la mujer que los habia salvado. Ésta les dijo:

—De buena hemos librado. ¡Pobre de mí si supieran que os he favorecido!

—¿Te pesa? preguntóla el mas jóven con acento insinuante, y mirándola tan apasionadamente, que la obligó á bajar los ojos, diciendo:

—No me pesa, por mas que seais mis enemigos.

—¡Oh! no llames enemigos á los hombres que darian su vida por la tuya. Nuestro Dios aborrece á los ingratos.

—Vuestro Dios manda en los cielos y en la tierra, dijo la hermosa estremeciéndose. Sé por oidas los prodigios que ha obrado en fa-

vor de su pueblo; ha llegado hasta nosotros la fama de Moisés. Sabemos que vuestros padres atravesaron á pié enjuto las olas del Mar Bermejo, y en ellas quedaron sepultadas las legiones de Faraon. No ignoro que habeis sido milagrosamente alimentados en el desierto. Conozco las antiguas tradiciones, y juzgo que si Dios está con vosotros, los hombres no podrán venceros; por eso deploro la ceguedad de mis hermanos.

—¿Cómo te llamas? Dímelo, y tu nombre quedará grabado en nuestros corazones.

—Me llamo Rahab, contestó la hermosa ruborizándose.

—¡Rahab! repitió el gallardo israelita, levantando sus ojos al cielo. El Dios de Israel bendiga tu nombre y haga que algun dia podamos recompensarte.

—Podreis hacerlo, repuso la jóven con presteza: si, como lo espero, llegais salvos á la presencia de vuestro caudillo y éste se apodera de la plaza, rogadle por la mujer que ha expuesto su vida por salvaros.

—Si nuestra muerte no lo impide, ten por seguro que tu vida será respetada.

—Mi vida es lo de menos, repuso tristemente su bienhechora; si no puedo salvar á mis padres y á mis hermanos, moriré con ellos.

—No morirás, exclamó el grave compañero en tono que parecia tener algo de profético. Alcanzarás en recompensa de tu misericordia la del Dios de nuestros padres, y tu nombre será bendecido en Israel.

—Sí, sí, exclamó el joven con entusiasmo, será bendecido el nombre de Rahab.

Entretanto habia cerrado la noche; la niebla oscurecia el espacio; el silencio reinaba en la ciudad y sus contornos.

—Ya es hora de que partais, dijo Rahab, entregándoles una escalá; salid al muro y descólgaos al campo libre; guardad silencio y acogeos al abrigo de las montañas, no sea que caigais en poder de los que os buscan hácia el rio. ¡Es cosa estraña! murmuró en voz temblorosa. Sois para mí desconocidos, y la idea de que os persiguen me hace temblar como si fuérais mis propios hermanos.

Si la luz del sol hubiera iluminado la faz del jóven israelita, sus parleros ojos hubieran dicho á Rahab: Tú ya no eres desconocida para el hijo de mi madre....

—Rahab, la dijo entregándole su faja; guarda esto en prenda de mi fidelidad. Me llamo Salmoni, y pertenezco á la tribu de Judá; por su honor te juro cumplir mi palabra; si oyes ruido de trompetas, no tardes en reunir á tus deudos; coloca esta banda roja de modo que

la veamos flotar en tu ventana..... En nombre del generoso caudillo de Israel, te juro que sus tribus respetarán la casa que para nosotros ha sido lugar de refugio.

Dicho esto, besó la mano de su bienhechora, y en breve los dos compañeros se hallaron al abrigo de las montañas.

Sin novedad llegaron á los reales, y al dar cuenta de su comision, refirieron á Josué las promesas que habian hecho en su nombre.

Mi honor está comprometido, y serán cumplidas, respondió el insigne caudillo.

Y en el acto hizo llamar á los jefes de las doce tribus, á fin de que, por medio de sus centuriones, hicieran saber á todos y á cada uno de sus guerreros la obligacion que les imponia, de respetar y proteger la casa de Jericó, sita en la muralla, frente á la ribera, y en cuya ventana vieran flotar una banda roja que los exploradores habian dejado en señal de alianza.

Aquella misma noche, los heraldos recorrian el campamento diciendo: «Cuando veais que se alza la nube que rodea el tabernáculo, levantaos y seguidla.»

El Arca del testamento fué llevada en hombros de los levitas ó sacerdotes. Al llegar junto al rio, detuviéronse, y notaron con asombro que las aguas se dividian, aglomerándose las unas de modo que parecian montañas, y corriendo las otras á precipitarse en el Mar Muerto.

El Arca santa pasó la primera, y sus conductores se detuvieron en mitad del rio, hasta que pasaron todos cuantos debian entrar en la tierra de promision..... Este milagro hizo el Señor para glorificar á Josué, como habia glorificado á su antecesor Moisés.

Millares de combatientes cercaron por espacio de seis dias las murallas de Jericó; al séptimo, resonaron repetidas veces las trompetas de plata que servian para el jubileo: á sus ecos argentinos mezclábanse roncás voces de mando y alaridos de guerra; los muros cayeron derrumbados; cada guerrero entró por la brecha que halló mas cercana, y recorrió la ciudad, sembrando en ella la desolacion, el espanto y la muerte. Mas ninguno se atrevió á traspasar los umbrales de la casa protegida por la bandera roja.

La misericordiosa mujer habia reunido bajo aquella neutral bandera, no solo á toda su familia, sino á cuantos pudo acoger; y es fama que ni á sus enemigos y detractores excluyó; antes, al verlos pasar huyendo de la muerte, les abria el postigo, diciendo: «Entrad, entrad, y si estais heridos os curaré;» y así lo hacia, vertiendo lágrimas de ternura.

Su caridad obtuvo la mas gloriosa recompensa; todos sus acogidos quedaron libres y dueños de partir ó de permanecer en el país bajo la proteccion de Josué.

Salmoni, no contento con haber salvado á su bienhechora, tomó á su cargo hacerla feliz, casándose con ella: de su matrimonio fué fruto Booz, marido de la simpática espigadera Rhut, y abuelo del rey David.

La incomparable gloria de Rahab fué ser progenitora del Rey de los Reyes y Salvador del mundo, en cuya genealogía se halla escrito el nombre de la misericordiosa joven nacida en Jericó.

Su historia prueba lo mucho que ama Dios á las personas caritativas; por ellas se dijo mas adelante y se dirá siempre, hasta la consumacion de los siglos: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

Micaela de Silva y Collás.

ADVERTENCIA.

Agotados algunos números de esta Revista, lo cual impide satisfacer los pedidos que se hacen de ellos, la Administracion (Reyes, 20, 2.º derecha) está dispuesta á pagar á un real cada uno de los que se le lleven de la numeracion siguiente, añadiendo además su gratitud, pues lo estimará como un favor.

3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 13, 14, 15, 17, 25, 26, 27, 28, 80, 93.

ERRATAS.

Número del 15 de diciembre.

Página 292, línea 21, hay sobrante una ó.

Página 299, línea 8, donde dice *producen*, debe decir *padecen*.
